

LUIS CARREÑO

DOBLE CARA



— LIBROS CANTO Y CUENTO —

Hace algún tiempo, le enseñé a un amigo dos de los cuentos que aparecen en esta colección. Después de leerlos, me comentó que le había extrañado mucho que fueran tan diferentes no solo en los temas, sino en el tono utilizado e incluso en el estilo. A mí me sorprendió su sorpresa. Efectivamente, uno de los relatos tenía un carácter claramente humorístico y otro era de los más siniestros que he escrito. Pero eso me parece completamente normal. Todos llevamos dentro multitud de facetas que van aflorando sucesivamente y, por tanto, resulta natural que surjan registros muy distintos y, a veces, hasta opuestos.

Al fin y al cabo, esa variedad no es más que un reflejo de la propia vida, que constantemente nos va desconcertando con las más diversas experiencias, y a la que cada día nos enfrentamos ignorando si nos ofrecerá un maravilloso regalo o una terrible condena.

En este libro de Doble cara os presento mis cuentos más divertidos junto a los más

inquietantes y sombríos. Os lo ofrezco con este formato simétrico para que lo abráis al azar, sin saber si os encontraréis con la risa y la alegría o con el miedo, la violencia o la maldad. Dejaos seducir por lo que aparezca y espero que lo disfrutéis. Todo es ficticio, pero a la vez auténtico. Y desde luego, fluctuante y contradictorio como la vida misma.

Jerez, noviembre de 2016

UNA DE SPIDERMAN

AQUEL estaba siendo un día appestoso para el Hombre Araña. Esa mañana, en el trabajo, el director del periódico le había dedicado una de las broncas más sonadas de los últimos tiempos, y todo por un estúpido equívoco. Aunque eso no era nada comparado con la discusión doméstica del mediodía con la Mujer Coñazo.

¡Qué carácter! Vivían juntos desde hacía dos meses y su relación estaba pasando por sus peores momentos. Spiderman ya se había acostumbrado a la obsesión de ella por la limpieza, que al principio les causó tantos problemas, pero seguían quedando demasiados motivos de conflictos. El último era la dieta vegetariana que se había empeñado en imponerle. ¡Qué manía con hacerlo bajar de peso! Por no discutir, Spidy acababa cediendo todos los días, aunque la verdad era que una ensalada de lechuga y tomate

no es dieta adecuada para un superhéroe, por mucho maíz que se le añada.

Y sobre todo, ya no podía aguantar esos repentinos ataques de histeria por cualquier insignificancia. ¡La que había montado hoy! Total por una hilacha de telaraña que había aparecido en la cazuela. Solo por la noche tenía alguna compensación tanto sufrimiento cuando Coñawoman se transformaba en una insaciable fiera salvaje. Claro que, a veces, resultaba agotador.

Entre la mala alimentación, las irritaciones, el cansancio y el sueño, su eficiencia se estaba resintiendo. Últimamente había cometido varios errores absurdos, y eso que solo había tenido que resolver asuntos menores. No se sabía por qué, pero los auténticos archivilanos llevaban tiempo sin hacer ninguna de las suyas. Eso le daba mala espina al Hombre Araña, que sospechaba que algo muy gordo estarían tramando.

Tenía ganas de toparse con una verdadera aventura, algo espectacular que le permitiera recobrar su prestigio. Si apareciese la oportunidad, habría que dar la talla.

Al atardecer se colocó su traje de lycra y empezó a columpiarse entre los edificios del Bronx. Le horrorizaba la idea de otra aburrida noche

capturando solo a algún raterillo de poca monta.

Antes de las diez, la fortuna pareció sonreírle al fin. Divisó a una joven que gritaba despavorida ante un portal. Intentaba zafarse de un extraño individuo con disfraz verde que la agarraba con intenciones, en apariencia, muy poco honestas.

Spiderman acudió rápidamente para aclarar el asunto, adoptando una de sus más fotogénicas poses. En cuanto reconoció al sujeto, todo quedó perfectamente claro. Era “la Rana Saltarina”, tan salido y puñetero como siempre. El Hombre Araña estaba encantado con aquel encuentro. Aunque fuese un tipejo bastante fastidioso, la Rana Saltarina había demostrado reiteradamente que era uno de los hiperenemigos más fáciles de batir.

Sí, es verdad..., la Rana era bastante ágil... Sí, sí..., a veces se sacaba algún truquito químico; desde luego, nada del otro jueves, chorraditas sin consistencia. Nada que pudiera enfrentarse a los ultrapoderes del gran SPIDERMAN.

—¡No has perdido tus viejas costumbres, eh, Rana! Te advertí que no volvieras por Nueva York—le dijo meneando negativamente la cabeza, como quien recrimina a un niño su travesura.

La Rana Saltarina soltó a su presa, que —muy desconsiderada— huyó sin esperar el desenlace

del duelo para poder aplaudir a su salvador. El malhechor se colocó en posición de lucha, dispuesto a desempeñar su papel de la mejor manera posible. El héroe agradeció la ocasión pintiparada que se le presentaba. Podría lucirse dándole una buena tunda a aquel fante. Además, no pararía hasta hacerle confesar qué estaban tramando los megabandidos.

Mientras pensaba en todo esto, Rana se le adelantó y le lanzó un escupitajo ácido directo hacia el ojo. Spiderman apenas consiguió esquivarlo con un movimiento instintivo, pero fue a darle en el traje, a la altura del cuello.

“Otra vez ese extraño ácido sulfético que fabrica”, pensó, reconociendo el olor. Sabía que la sustancia no era tan fuerte como para perjudicar a su piel, pero ¡mierda! seguramente la mancha en la tela no saldría y Coñawoman se pondría hecha una leona. Ahora sí que la Araña Humana estaba furiosa.

Se lanzó sobre su rival, pensando en dejarlo fuera de combate con uno de sus maxipuñetazos. Casi lo alcanzó. Sin embargo, Rana era muy rápido y saltó justo a tiempo para que Spidey pasara como un tren bajo sus pies y fuese a dar contra un muro de cemento. Aún no se había recuperado, cuando el villano cayó sobre él, golpeándole en

la nuca con sus poderosas superancas.

El monstruito reía como un idiota. Tenía que disfrutar de la primera parte de la pelea, porque pronto se le iba a terminar la diversión. Estaba acostumbrado a estas actuaciones de Spiderman, que solía empezar perdiendo y encajando una paliza hasta el punto de que pareciese definitivamente vencido. Pero todos sabían que antes o después, el Tejerredes Enmascarado reaccionaba y se la devolvía con creces. Nadie entendía en realidad por qué actuaba de esa manera en los duelos con sus enemigos. Se rumoreaba que quizás lo hiciera por si casualmente hubiese algún director de cine grabando la pelea, para que así resultara más emocionante.

El caso era que Spiderman estaba aturdido por los primeros golpes que le habían llegado por sorpresa, así que Rana no perdió tiempo: lo agarró por la cabeza, se dejó caer con flexibilidad hacia atrás y volteó con sus pies al superhéroe lanzándolo contra una valla publicitaria que quedó completamente destrozada.

El Hombre Araña se iba incorporando con muchas dificultades. Intentaba ponerse en pie, pero estaba *groggy*. Su adversario pensó que aún le quedaba otra oportunidad de zumarle algo

más, así que agarró un coche y se lo lanzó para que lo arrollara. Efectivamente, el héroe quedó en el suelo con evidentes gestos de dolor.

El pérfido anfibio esperaba que de un momento a otro la cosa cambiara radicalmente; pero mientras tanto, estaba decidido a divertirse cuanto pudiera. Así que empezó a patear con entusiasmo a la araña caída: una patadita en el hígado, otra en los riñones, unas cuantas en el bazo... Y Spiderman acompañaba a todas con los quejidos adecuados: “¡Aggg! ¡ufffr! ¡ougggh!” que ese día parecían más auténticos que nunca.

Cuando oyó con claridad el crujido de una costilla tronchándose, la Rana Saltarina ya empezó realmente a extrañarse. ¿Qué estaba pasando allí? ¿Qué truco se guardaba esta vez el engorroso trepamuros?

De cualquier manera, se dejó llevar por sus peores instintos (como es obligación de todo protocriminal) y decidió aprovechar al máximo la ocasión. Agarró una barra de acero que se había desprendido del anuncio destrozado y se la estampó en el lomo a Spiderman, que emitió un débil “uah”. Repitió la operación en un costado y el héroe contestó con un casi imperceptible “offfs”. Al tercer golpe, aquella piltrafa humano-arácnida no reaccionó. El bellaco saltarín

contempló, como embobado, la barra que se había doblado formando una W. De repente le entró un sudor frío e, inmediatamente, un ataque de pánico.

—¡Joder, lo he matao! —exclamó fuera de sí—. ¡Spiderman, despierta, tío! ¡Spiderman! ¡Venga, hombre, que no es para tanto!

Los nervios se le dispararon a Rana, que nunca había pensado verse en una como esa.

—¡Pero mira que soy bruto! ¡Si es que no sé contenerme! ¡Un día me tenía que pasar algo así!

Una creciente desesperación se apoderó del arrepentido monstruo. Pensó en sus colegas macrodelinquentes y se echó a temblar. ¿Cómo iba a explicarles que se había cargado a Spiderman? Al fin y al cabo, todos vivían de sus apariciones en comics y películas del Hombre Araña. Si este muriese, se les acabaría el chollo. ¡Cuando se enteraran, iban a hacer papilla al asesino!

La Rana Saltarina acercó el oído al corazón del héroe. Por primera vez en su vida rezó, deseando con toda su alma oír un latido, por débil que fuera. Escuchó angustiado, sabiendo lo que se jugaba en ello y... ¡Sí! ¡Sonaba un tenue palpitar dentro del pecho! El pobre supramalvado se lanzó sobre el moribundo y le hizo la respiración

artificial con un frenético boca a boca. Tras conseguir la primera reacción, lo cogió entre sus brazos y corrió con él como un poseso.

—¡Tienes que salvarte! ¡Aguanta, tienes que salvarte! —le gritaba como loco.

Se plantó delante de una ambulancia que pasaba por la calle y la obligó a volver con Spiderman al hospital del que había salido para atender a una llamada. En todo el trayecto, no dejó de infundirle ánimos al héroe para que resistiese.

Apenas entró en el hospital unos minutos. No tenía ningún miedo a la llegada de la Policía, pero oyó que habían avisado a Coñawoman y por nada del mundo hubiese querido encontrarse allí con ella cabreada. Se marchó precipitadamente, aunque mientras desaparecía, no dejaba de amenazar a los médicos con una terrible venganza si no conseguían salvar la vida de su entrañable enemigo.